

RAUL ERNESTO CUELLO, SEGUN ÉL MISMO

(1930 - 2017)

Raúl Ernesto (“Negro”, para los amigos) Cuello, en vida publicó los primeros 2 tomos de sus memorias, tituladas Mis recuerdos (Impresiones Buenos Aires, 2016). Dejó material para por lo menos un tercer tomo, que espero algún día vea la luz.

Pensados para sus 3 nietos, tuvo el tino de hacer una tirada para sus amigos, a quienes les obsequiaba los libros, pidiéndoles que contribuyeran a la Asociación cooperadora del Hospital de niños.

Aprovechando esto, en su caso, voy a reemplazar la biografía que suelo preparar sobre algunos colegas fallecidos, por una síntesis de mi lectura de los referidos tomos. Las afirmaciones aparecen seguidas por una letra, que indica el tomo, y un número que señala la página del original. Como suelo decir en estos casos, espero que la lectura de estas líneas aumente –en vez de disminuir- las ganas de leer el original.

. . .

Familia de origen. Nací en Avellaneda, el 1 de setiembre de 1930. Vivíamos en un conventillo. Mi padre trabajaba en la oficina de una fábrica cercana. El mío debe haber sido uno de los pocos hogares donde no había material de lectura, excepto los libros de texto escolares (I, 5). La comparación de mis padres con los de mis compañeros y pocos amigos que siempre tuve, era desventajosa para los míos (I, 7). No constituimos nunca un modelo de familia ya que las buenas relaciones no eran una cualidad a destacar (I, 8). Soy el hijo mayor, tuve 3 hermanos (I.10). Creo que nací viejo, o por lo menos esa es la sensación (I.12). Odié y odio hacer mis necesidades en un agujero agachado, tratando de no errarle. Pero a veces la puntería fallaba y no había agua para hacer la limpieza como se debía. Había que buscar un tacho con agua. ¡Esto era muy triste, muy triste! (I, 20). A la distancia pienso que fui injusto con mis padres al pensar que no me querían. Tal vez debí pensar que no sabían querernos (I, 25). Mi madre siempre protestaba por lo mismo, en medio de gritos y llantos. Aunque nunca le

creí, siempre le tuve miedo (I, 32). La nuestra era una vida muy gris (I, 36). Con el tiempo comprendí el por qué de las pocas aspiraciones de mi viejo. Nunca lo vi leyendo algún diario y menos un libro. Demostraba así que no tenía espíritu de superación y que estaba resignado a su suerte de no ser nada. Era el ejemplo del mundo que yo quería dejar. ¿Tenía la culpa él de ser así? Nunca me lo interrogué, aunque con el tiempo llegué a convencerme de que mi mamá fue la culpable de su mediocridad” (I, 61). Cuando tenía 15 años mi padre consiguió un trabajo en Monte Grande. Allí aprendí que el diario es un buen sustituto del mejor sobretodo escocés, pero que no reemplazaba a un buen impermeable (I, 70).

Forma de ser. La vergüenza siempre fue una cualidad ignorada por mí. Siempre me gustaba destacarme. Tenía gran afán de superación (I, 28), y aversión por la mediocridad (I, 29). Aprendí que a todo se acostumbra uno en la vida (I, 31). Fue el humo de las chimeneas, a modo de síntesis, el causante del sentimiento de rebeldía social que se respiraba en los barrios marginales de la Capital Federal y que me incluía. Se entendía. Los dueños no vivían en sus fábricas sino en lugares más distinguidos. Escapar de aquella realidad fue desde entonces una obsesión que me persiguió y que aumentó con los años. Pero querer escapar de la pobreza no es, lamentablemente, igual a poder hacerlo. El estudio fue mi única alternativa (I, 37). Nunca me gustó pedir dinero prestado (I, 62). Practiqué remo sin saber nadar, una muestra de mi inconciencia (I, 87). Al estar lejos de Argentina uno se encontraba vacío por la falta de entorno, sobre todo los fines de semana. La sensación de no tener con quien hablar es algo difícil de explicar, uno llega al punto de encontrar necesario ir a rezar a alguna iglesia (I, 135). La vida me dio compensaciones inmerecidas, tal vez por haber pretendido ser más, en forma acelerada. Tuve el privilegio de ser un profesional reconocido, un empresario exitoso y un hombre de Estado en ocasiones. Desde la tribuna no se hacen goles, hay que estar en la cancha, pero recordando que son pocas las veces que se tiene contacto con la pelota. Pero si a uno le llega, hay que meterla en el arco para que sea gol y valga (II, 3). En Fortín Oeste [uno de sus campos] hice una casa no muy grande, pero cómoda, dividida en 2 partes: una para quedarme y otra para el personal (II, 94). LA CONOCI. NADA DE “PALACIO” PARA EL PATRON Y “TAPERA” PARA EL PERSONAL. Beatriz Asensio nos endosó el palco bajo número 12 del Teatro Colón, que todavía mantenemos y del que cedí quince años después 2 asientos, a mi amigo Juan Carlos de Pablo y a su esposa Any. Guardo los catálogos de cada función (II, 156).

Estudios secundarios y trabajo. Terminada la escuela primaria, en cursos nocturnos aprendí contabilidad, dibujo lineal e inglés. Fui de los 13 a los 15 años, al tiempo que comencé a trabajar como mensajero. Ganaba el equivalente de u\$s 40 por quincena, que entregaba a mi mamá. En casa las cosas mejoraban gracias al aporte de mi salario. El trabajo me gustaba (I, 64). Roberto Fantón fue decisivo en la suerte que me deparó la vida, el hombre que con su confianza me abrió la carrera al éxito. Era dueño de un lavadero de lanas. No digo que me convertí en un experto, pero sí que aprendí mucho acerca de la lana. Con la práctica aprendí todos los trucos y triquiñuelas, para evitar que ‘me pasaran’ y ‘pasar a los otros’ (I, 67). Fue la amistad con Fantón y su familia la que nos llevó a pasar siempre las vacaciones en Miramar (I, 156).

¿Cómo seguir estudiando, si trabajaba? Había una sola respuesta: estudiando el ciclo secundario de noche (I, 79). Quise estudiar en el Colegio Nacional Buenos Aires, pero no tenía turno nocturno. El portero me aconsejó que fuera al Joaquín V. González (I,81). Demostré que

se podía trabajar y estudiar al mismo tiempo. La cuestión era quererlo y comprender que para salir de pobre era el único camino. Pero no sólo salir de pobre en dinero, sino también dejar de ser pobre de espíritu (I; 85). En la vida lo más importante, fuera de los afectos, es el tiempo del que podemos disponer y yo no estaba dispuesto a limitarme vendiendo el mío por un sueldo (I, 91).

El negocio de exportación lo aprendí de Federico Gutheim, de quien me hice amigo. Le expliqué a Fantón que la exportación es un negocio que se puede hacer sin dinero, por el crédito que él tenía en el mercado. A raíz de lo cual hice mi primer viaje a Estados Unidos. No hablaba inglés (I,115). Para poder exportar se debía sacar el permiso de embarque, porque había control de cambios y precios oficiales. Era una operación compleja. Todo eso lo manejaba yo, porque Fantón sólo participaba en las decisiones de comprar y vender. La verdad verdadera es que no entendía nada del negocio, pero su confianza hacia mí era ilimitada (I, 118). Queríamos expandirnos en Europa, como las principales firmas exportadoras argentinas, sin darnos cuenta que no teníamos la organización ni el capital como para hacerlo con éxito. Como Fantón no quiso acompañarme, también me convertí en exportador de cueros (I, 127).

Aproveché la política económica de Arturo Frondizi para importar de manera directa 100 camiones Ford, y 300 autos usados, que vendimos en la Patagonia (I, 135). En mayo de 1957 compré 'La María Luisa', un campo de 2.500 hectáreas que no tenía nada de nada. Recién en 1969 construimos la casa, mientras tanto dormíamos en la escuelita de Perú (I, 138). El campo es un negocio de capitalización. Quien tiene vacas durante una generación (15 años), nunca se funde (I, 151). En 1964 importé 65 toros de pedigree, de Estados Unidos (II, 67). En 1971 le agregué otras 2.500 hectáreas a La María Luisa (II, 97). En 1974 le arrendé a la UCA 10.000 hectáreas, en Coronel Dorrego, que alguien le había donado a la UCA (II, 120). Con el tiempo la UCA decidió venderlo y para no lesionar mi imagen y evitar que en el futuro alguien pudiera imputarme el cargo de haber sacado ventaja de la situación, decidí excluirme como comprador (II, 124). En 1984, año del casamiento de Cocota, llegué a tener 15.000 animales. En total llegué a tener poco más de 20.000 hectáreas (II, 134). Quien no estuvo en un incendio de montes no tiene idea de la magnitud de la sensación de impotencia que produce (II, 172).

Nunca se deben hacer negocios con familiares o amigos, porque se corre el riesgo de perder dinero y también la amistad o el vínculo. Hay que aprender a decir no en la vida. En todo caso, si se da dinero, hacerlo sin pretender recibirlo de vuelta (I, 113). Los colaboradores, cuando están solos, se sobreestiman y actúan como si no se los pudiera reemplazar. Lo voy a decir de otro modo: si el colaborador que se elige es muy vivo, lo pasa a uno; y si es muy tonto, no sirve (I, 124).

Universidad. En 1951 ingresé a la Facultad de Ciencias Económicas (FCE) de la UBA e hice el servicio militar (I, 94). Mis lecturas eran fundamentalmente aquellas que se vinculaban con los estudios y recién de 'viejo' empecé a darme el gusto de leer los clásicos y la historia argentina (I,96). Me recibí de contador público en 1957, de licenciado en economía en 1958 y próximo a doctorarme en ciencias económicas en 1959 (I, 135). Alfredo Martín Navarro fue uno de mis compañeros en la UBA y hoy uno de mis más viejos y queridos amigos (I, 141). Al recibir el título comprendí que debía tomar una decisión crucial: seguir en el negocio o dedicarme a mi profesión. Le dije a Fantón que iba a dejar la sociedad (I, 143).

A fines de la década de 1950 y durante 10 meses, estudié en la universidad George Washington, financiado con colocaciones financieras que tenía en Buenos Aires, porque del campo no podía esperar nada dado que la explotación estaba en sus comienzos (I, 148). Sin la urgencia de recursos financieros, comencé a darle más importancia a la actividad académica (I, 151). Hice un posgrado en desarrollo económico, bajo los auspicios de la CEPAL. Escribí mi primer libro, con Carlos Tandeciarz (I, 152).

A partir de 1961 fui profesor en el Colegio Nacional Buenos Aires. Fue un hito en mi vida. Me encontré con el portero que me había recomendado estudiar en otro colegio, porque el Buenos Aires no tenía turno nocturno (I,159). Simultáneamente fui profesor en la FCE de la UBA (I, 161). En 1963 el decano de la FCE me llamó para decirme que la Fundación Ford había decidido conceder 3 becas para profesores, y que me habían elegido junto a Miguel Sidrauski y Morris Teubal. Elegí la universidad Columbia, de Nueva York (I, 166). No había ningún tipo de compañerismo, ya que la competencia por ser el mejor era despiadada (I, 169). Vuelto a Argentina, en la UBA fui profesor titular en la cátedra de Economía Laboral, en el doctorado (I, 172). Por sugerencia de Felipe Tami, también enseñé en la UCA. Finanzas públicas, durante 42 años (I, 173). El salario apenas si cubría el costo del estacionamiento, pero el orgullo de pertenecer a economía en la UCA superaba todo (II, 65). Me hubiera gustado ser un economista más formado científicamente, pero mi lucha contra el tiempo y los objetivos que siempre me impuse en cuanto a negocios, no me permitió llegar a ello (II, 108).

Su familia. Tuve sólo 2 novias, aunque en serio tuve una sola, fue la más bonita y con la que me casé. Una gran mujer que me bancó siempre y que me acompañó toda la vida. Ella se casó con un proyecto... y se le dio, porque supo sacrificarse cuando debió hacerlo. No fue fácil estar al lado de quien siempre trabajó y estudió (I, 88). Me casé el 4 de diciembre de 1952 (I,95). En la comparación siempre salí perdiendo, porque no se podía entender cómo tan linda mujer se hubiera casado con un negrito flaco y sin ningún atractivo (I, 110). En 1961 nació Cocota (I, 121). Fue la única hija porque la madre decidió no tener más hijos. Siempre entendí que era una decisión que le competía a la madre la de tener un hijo y fui respetuoso de la suya. Fui inmensamente feliz con mi hija (I, 154). Coqui vivía por y para su hija, como siempre habría de hacerlo hasta que llegaron los nietos. Desde entonces vivió para todos ellos (I, 155). Al terminar el secundario, Cocota comenzó a estudiar psicología. Nadie en la familia tenía antecedentes profesionales en esa disciplina, y con el correr del tiempo apreciamos que eligió por una vocación que le salía del alma (II, 116). La ida de casa de nuestra hija nos dejó un tremendo vacío, espiritual y material, de modo que empezamos clases de bridge, todos los lunes en el club Italiano, y de golf en el Municipal (II, 166). El 21 de abril de 1987, con una nieta, se abrió otro mundo y por eso comencé a tomar clases de prestidigitación. Aldo Ferrer se sumó. Ninguno nos destacamos y sólo hicimos las cosas más simples. Nunca conseguí la clave de la magia, que consiste en distraer al auditorium, pero alguna vez hice reír a los chicos (II, 170).

Función pública. Si bien en 2 oportunidades ocupé cargos públicos con altas responsabilidades, no fue más que producto de amistades y conocimientos, ya que la política nunca me atrajo (I, 175). Por Alieto Guadagni guardo un aprecio especial, como amigo y siempre lo destaco por sus cualidades profesionales, a punto de considerarlo uno de los mejores

economistas argentinos. Su gesto al presentarme a los Salimei nunca lo he olvidado. El 28 de junio [de 1966] se produjo la Revolución Argentina y mi función pasó a ser la de asesor en materia impositiva. El ministro Jorge Néstor Salimei no conocía nada de política económica y menos aún de mi materia, de modo que cada vez que iba a ver al presidente Juan Carlos Onganía, me llevaba junto con el contador Cayetano Licciardo (II,33).

De a poco el presidente me empezó a tomar mucha confianza y estima, por lo cual cuando tenía 35 años me hizo nombrar al frente de la DGI. Antes de lo cual nos reunimos y me dijo: `doctor, tengo una carpeta con sus antecedentes comerciales...`, a lo cual respondí que si denunciaban anomalías de mi parte, que las diera por ciertas y que en todo caso eran las consecuencias del sistema económico que había regido en el país. Se rió. Comencé mis tareas con mucho apoyo político (II, 37). Las muestras de amistad del presidente hacia mí eran ostensibles y las demuestran 2 hechos que quiero recordar. Cuando se enteró del asesinato de Robert Kennedy pidió por teléfono que nadie lo molestara, y me pidió que me quedara compartiendo ese momento con él. Los 2 solos, en el despacho oficial, casi sin hablar. El otro fue cuando mi nombre circuló como candidato a rector de la UBA. Quería saber cuál era mi opinión al respecto, que era positiva. `Quería conocer su opinión, pero mi decisión ya está tomada. Usted se queda donde está` (II, 48). Ordené que se comenzara a estudiar la aplicación de un impuesto a la tierra libre de mejoras, lo cual generó una fuerte reacción por parte de la Sociedad Rural Argentina, entidad de la cual era socio, luego vitalicio y ahora honorario (II, 50). Yo estaba distanciado ideológicamente del ministro Adalbert Krieger Vasena, pero era un caballero y aprendí a respetarlo profesionalmente, del mismo modo que él lo hizo hacia mí (II, 54). El 31 de octubre de 1989 se creó una comisión asesora de finanzas públicas, y el 8 de noviembre fui designado secretario de ingresos públicos (II, 182).

Avión. Dado el tiempo que me insumían la docencia y la actividad ganadera, me hice piloto civil. No tuve accidentes porque nunca traté al avión con excesiva confianza. Normalmente viajaba solo (I, 175). Construí pistas de aterrizaje en La María Luisa y en Fortín Oeste, campo dedicado a la ganadería. De mi instructor aprendí 2 principios que siempre tuve presente. El primero es que al avión nunca hay que tutearlo; el segundo, que los accidentes se producen durante las primeras horas de vuelo, por inexperiencia, o cuando se es un piloto avezado, por exceso de confianza (II, 71). Una lección que me sirvió de mucho en los treinta y tantos años que volé: frente a la posibilidad de encontrar mal tiempo, dar la vuelta y no seguir con el viaje (II, 78). Siendo director de la DGI un día se me acercó un vendedor de aviones, para ofrecerme cambiar el mío por un bimotor. Le manifesté que no tenía dinero. Me dijo que como yo era productor agropecuario, lo podía desgravar. Le dije que ese modelo no. Me listó todos los que ya había vendido en dichas condiciones. Le jugué una apuesta y sugerí que le preguntáramos al jefe de la DGI. Ante el atónito vendedor saqué mi tarjeta, y le dije que no iba a utilizar esa información, dado como la había obtenido, pero que no lo hiciera más (II, 81).

Medios de comunicación. Debuté en radio en 1956, polemizando con el ingeniero Alvaro Alsogaray, con quien siempre mantuve diferencias ideológicas, pero con quien nos respetamos mutuamente (I, 144). En medios de comunicación, si por alguien debo comenzar mi lista de agradecimientos es por Bernardo Neustadt. Quedé con el recuerdo que me llamara el día previo a su deceso (II, 67). Conocí y aprendí de quienes habían sido mis alumnos de

jóvenes, pero que me llevaron al micrófono repetidas veces: Hanglin, Mactas y Huberman (II, 109).

Fronidizi. En el verano de 1970 recibí un llamado telefónico de Arturo Frondizi, para decirme que quería verme. Sugerí ir a su casa pero prefirió venir a mi oficina (me prestaron una porque como recién había salido de la función pública, no tenía ninguna). Charlamos durante 3 horas. Aquella reunión dejó huellas imborrables en mí y jamás podré olvidar que don Arturo Frondizi se inclinara para ponerse a mi altura. Algo impensable en una situación normal, pero fue Grande y Humilde. Estar con él fue un verdadero privilegio (II, 93).

Enfermedades y final. Me operaron de cáncer en el colon, próstata, extirpación del riñón izquierdo, tiroides con metástasis, tumores en la vejiga (12 veces) y tengo activos 6 tumores en el mediastino. El saldo negativo de tantas operaciones es la carga acumulada de anestesia, lo cual aumenta el grado de vulnerabilidad cada vez que entro al quirófano (1 o 2 veces al año). Con 85 años tengo más pasado que futuro (I, 176).

El futuro queda abierto, pero las posibilidades, que siempre existen de vivir, las peleo con todo. Un simple cálculo de probabilidades permite anticipar que se me ha de presentar otro cáncer. Al menos en algún lugar no registrado. Siempre con la compañía de mi hija, que está cada vez sentadita al lado mío, cuando tengo que internarme. Siempre la necesité más de lo que pude expresarle. Lo único que deseo es que el día de mi final, mi nena esté allí, tomándome la mano para que su piel sea el último contacto que tenga en la vida (I, 10). Me hubiera gustado ver a Félix, antes de que muriera y esto es algo que aprendí en la vida. Nunca hay que dejar de ver a quien se quiera, pensando que ello se puede postergar para más adelante. Normalmente ese más adelante se va con quien quisimos ver (I, 72).

. . .

Insisto: espero que esta síntesis acerque, y no aleje, a los lectores del original. Como “Mozartmanía”, de Waldo de los Ríos, a mí me acercó a la música de don Wolfgang Amadeus, en vez de alejarme de ella.

Una reflexión final. Muchas de las cosas que le ocurrieron al Negro Cuello nos ocurrieron a muchos de nosotros, porque más allá de las características particulares de la familia donde le tocó nacer, era la época. Tampoco en mi casa había libros, tampoco en mi niñez sentí muestras de cariño; igual que él trabajo desde los 15 años; como en su caso, ascendí gracias a un sistema educativo de buena calidad, es decir, exigente.

A quienes lo conocimos y lo tratamos, nos quedan gratísimos recuerdos; a quienes no, a través de los 2 tomos de Mis recuerdos, un nítido testimonio de lo que puede hacer el esfuerzo personal, para superar desfavorables condiciones de la línea de largada.

¡Animo!